1P

EL RELEVO

07:15 A.M., como cada día una fría ráfaga intenta disipar mis últimos restos de sueño cuando emerjo por las escalerillas del metro y salgo a la superficie para entrar al hospital a comenzar mi jornada laboral.

Ensimismado compruebo que la fría sacudida del viento en mi cara no ha terminado de espabilarme del todo ya que una ambulancia en su urgente transitar está a punto de arrollarme y que a pesar de las señales luminosas no he reparado en ella. De súbito y con gran susto, que ahora sí me ayuda a despertar del todo, me detengo para que continúe su camino a Urgencias y al levantar mis asustados ojos veo que al lado de la persona que va en la camilla, en el asiento del acompañante, una joven de larga melena morena mira al encamado con ojos asustados y rictus desencajado.

Ya repuesto del susto subo la escalera mecánica del hall principal para recorrer un pasillo más y ascender por la escalera interior a la planta donde se encuentra mi puesto de trabajo. La mañana transcurre como tantas otras, es verdad eso que dicen que la rutina es mejor que otras aventuras y sorpresas en el trabajo, que a veces surgen y parecen incomodar al sacarnos de nuestra “zona de confort”.

Bajo a llevar unos documentos a otro departamento y aprovecho para hacer una parada en las máquinas de venta de café y sándwiches de la planta baja y veo a una pareja joven con una sillita porta-bebés en la mano de él que se balancea al ritmo del paso firme del ufano padre, mientras que unos pasos más atrás la chica avanza algo torpe sujetándose la barriga, como si se le fuese a caer su ombligo, pero con la cara feliz del niño que estrena un juguete. Él detiene su andar y la espera, se miran y sonríen y vuelven a mirar al ocupante de la sillita y vuelven a sonreír. Les miro y también sonrío esperando que la máquina de café termine de suministrar la dosis necesaria de cafeína para continuar la jornada y pienso…..LA VIDA !!!!

Deambulo por el hall del Hospital de Fuenlabrada ahora hacia las escaleras de la derecha y veo a la gente pulular por el amplio espacio mirando hacia todos los lados con su papel de cita en la mano como si esperaran que alguien apareciera y les iluminara en su camino. Unos optan por preguntar a cualquier trabajador uniformado que se encuentren para que le indique el pasillo que deben tomar para alcanzar su consulta y otros por leer la multitud de carteles, letreros e indicaciones de todo tipo que se muestran por doquier. Hay todo tipo de gente, jóvenes resueltos que directamente se dirigen a las máquinas para validar su cita y obtener el ticket de turno, gentes que se dirigen a Información al paciente, personas que toman los ascensores que ya saben su destino, trabajadores que se detienen en el kiosco de lotería buscando un pedacito de fortuna que resuelva sus próximas vacaciones, familias que se dirigen a la cafetería a reparar el hambre y que hacen una parada para curiosear en la tienda la últimas novedades de libros, bolsos o accesorios. Un crisol de edades, nacionalidades, razas….en fin, un pequeño mundo en un reducido pero amplio espacio, un microcosmos de personas cada una con su problema, su dolencia, su pena e incluso su alegría.

Subo de nuevo a los niveles menos jaleosos aunque no menos habitados de personas, pero aquí cada uno sabe cuál es su sitio. Poco a poco va pasando el día…..una parada para un refrigerio y departir con los compañeros, prohibido hablar de trabajo !!!!, comentamos cosas banales y divertidas para despejar un poco la cabeza y las preocupaciones.

Va llegando la hora de volver a casa, recojo las herramientas de trabajo y apago el ordenador, la música que me acompaña a lo largo de la mañana enmudece y el despacho queda en silencio. Apago las luces y cierro la puerta. Deshago el camino que ésta mañana he recorrido y salgo de nuevo al exterior. El aire no es tan frío, a pesar de estar en enero el sol calienta levemente mi cara.

Al igual que ésta mañana temprano me dirijo al metro encerrado en mis pensamientos y preocupaciones y los saludos de los compañeros del turno de tarde me devuelven a la realidad….”Hola !! ya te has incorporado de tu baja ?, estás bien ?....ya pregunté a tu jefa y me dijo que ibas bien. Me alegro verte. Buena jornada !!!!” Era María, una compañera que tuve cuando trabajaba en el otro departamento y una gran persona.

Al girarme de nuevo para retomar mi camino de nuevo me sobresalta el frenazo de un vehículo, pero a diferencia de la ambulancia éste no lleva señales luminosas ni sonoras. Ante mí una furgoneta negra con una austera leyenda en los laterales “memora”. Detrás un utilitario rojo, conducido por un hombre de serio semblante lleva en el asiento delantero del acompañante a una joven de larga melena morena con los ojos llenos de lágrimas y al verla pienso……. LA MUERTE.